

EXPOSICIÓN INDIVIDUAL EN LA GALERÍA MY NAME'S LOLITA ART DE MADRID
DEL 29 DE NOVIEMBRE DE 2012 AL 15 DE ENERO DE 2013

el vecindario se moviliza

Joël Mestre



a José Luis Parra

No resultaría complicado atribuirle un contenido de origen mediático a este titular. *El vecindario se moviliza*, es uno de esos enunciados que ha pasado a ser indeterminado y genérico, quizá por reiterativo (y necesario) o porque ya forma parte del estado de agitación permanente al que induce la propia información. Es la respuesta a la complicada convivencia con una nueva realidad intangible y cimarrona de acontecimientos aberrantes, con protagonistas de todo tipo y pelaje a los que la gran mayoría ni ve ni quiere conocer.

El enunciado corresponde ahora a un estado de mayor movilización del entorno, que abarca desde lo doméstico y local a un territorio de formas inestables y en tránsito. Y es que la pintura pertenece a un poder blando, no aspira a la presión ni a ningún modelo coercitivo, practica habitualmente fórmulas escapistas de una realidad ya de por sí distorsionada e incompleta; incluso ahora cuando la gran mayoría está convencida de esa evidencia, la realidad y la verdad no dejan de ser sospechosas. El ambiente que nos domina resulta a menudo imperceptible por nuestra propia inmersión en él -decía Marshall McLuhan- *como lo es el agua para el pez*. Ante esta situación la propuesta es practicar un medio absolutamente distinto como fórmula de distanciamiento y así poder percibir y conocer las características del que realmente nos controla. No es extraño pues que la pintura sea todavía un mecanismo sensato, aunque también ella se vea

influida, incluso contaminada, por otras disciplinas de aspiración comunicativa pero sin tener por ello que renunciar a un tiempo y a unos procedimientos técnicos tradicionales. No olvidemos que tanto la pintura, como la literatura, funcionan como *una impaciencia del conocimiento*, practicando un modelo de navegación frágil a través de lo que todos compartimos, pero en donde destacan momentos cruciales (quizá aquellos donde se plantean buenas preguntas) en los que cada autor encuentra la fuerza para hacer factible lo que tan solo un momento antes era incertidumbre.

Los embalses y pantanos recuerdan la aparente calma de un lago natural y sin embargo son escenarios de presión, de una tensión latente. Su sofisticada ingeniería ha hecho de ellos construcciones inquietantes en donde el territorio queda modificado por consentimiento ministerial en un megalómano *land art*. El control y el aprovechamiento del agua han sido desde hace décadas un empeño, a veces distorsionado, de nuestros gobiernos, y no nos cabe duda que son construcciones civiles que requiere nuestra geografía, pues hasta los ibones más recónditos del Pirineo han sido intervenidos por el hormigón.

Navegar en ellos es relativamente sencillo comparado al sinfín de riesgos e imprevistos que tiene hacerlo en mar abierto; tiene además un

componente primitivo y bastante rudimentario que hace de las distancias y de la embarcación una travesía singular. Navegar en el pantano de Porma es hacerlo literalmente por una obra de Juan Benet, un embalse con el que no solo transformó la topografía leonesa sino que también fraguó su condición de literato. Quizá sea la única ocasión que el lector tenga para afrontar una singladura benetiana en calma; el resto de su obra son aguas bravas: volcados continuos, choques, esquimotajes y maniobras técnicas. Leer a Benet tiene algo de derrota, un rumbo inquieto e incierto entre rápidos y aguas embalsadas, donde uno no acaba jamás de sacudirse la zozobra, ese estado de ánimo tan natural y contemporáneo por el que el autor sintió tanta curiosidad literaria. La deriva a la que en ocasiones uno puede quedar, provoca situaciones impredecibles y, lejos de abocarse al naufragio en un estado vulnerable y precario, hay que responder a ellas con el acopio inesperado de recursos e intentando mantenerse a flote a toda costa. Quizá no haya razón para este modelo de esfuerzo habiendo otros géneros suyos o literatura más amable, pero no cabe duda de que en el caso de Benet el ejercicio es rentable, en términos de emoción y aventura. Su discurso enreda con un aparataje literario inusual, vinculando al lector con diferentes asuntos: desde geología y tectónica hasta maniobras retóricas y curiosas polisemias; con una sutil ironía y hasta provocación va desmontando el paisaje y enredándose en uno absolutamente nuevo y poco convencional. La realidad se muestra demasiado compleja e imposible como para ser representada bajo una sola estrategia, el realismo en cualquiera de sus dimensiones: documental, costumbrista o de denuncia, se hace insuficiente y demasiado predecible.

Otro ingeniero de emociones intangibles, como Rafael Sánchez Ferlosio también nos propone un modelo eficaz de ficción incluso en sus artículos y ensayos, un desmantelamiento de la escena mediante asociaciones imprevisibles. No hay entonces mejor sincronía que una navegación lenta, todas las orillas adoptan de pronto la traza de calas y cobijos, lugares a los que apetece acercarse, detenerse e inspeccionar, para contemplar la realidad tal y como es, a pequeños bocados. Don Rafael es un remero obtuso con el que hay que navegar con ojo. En su compañía el tiempo acaba deteniéndose; su dicha es que palea siempre contra corriente, insistiendo y reculando para tratar de desarmar lo que para la gran

mayoría es obvio o pasa inadvertido. Ya no hay nada que sea irrelevante. Durante su discurso suele llevarte a un lugar donde solo quedan residuos de la idea inicial y desde ahí remontar en busca de alguna cima o quizá algún abismo. No es extraño que haya naufragado en algunas ocasiones y plagado de pecios el fondo literario, con maniobras náuticas tan complejas.

Pero si los pantanos son construcciones inquietantes, sus estados extremos aun lo son más. La sequía ha dejado a muchos y a la vista el esqueleto de una bestia, capaz de inundar la memoria de varios pueblos; es ahora un escenario de objetos organizados por el azar, esa inevitable condición que como decía el ingeniero: tan presente esta en el bombo de la lotería como en la ley de gravitación universal. El horizonte muestra ahora el hormigón de la presa y sus aliviaderos, inmensos agujeros negros dispuestos a succionar lo establecido como sobrante; hay troncos enlodados, restos de edificaciones y carreteras de pueblos expropiados, depósitos de detergentes domésticos, juguetes rotos, espejos, ruedas y cartones; todo ha tomado un color arcilloso, demasiado homogéneo para ser natural. El *attrezzo* de este nuevo escenario, de formas monocromas y desfleadas en insólitas agrupaciones parece estar dispuesto por una colaboración arcana entre Giorgio Morandi y Robert Rauschenberg. El viento trae voces de un vecindario movilizadas: ociosos transeúntes, senderistas extraviados en la maleza, acaloradas discusiones entre pájaros comunes y hasta el batir espeluznante de un muladar. En alguna de las mesetas que cubría el agua del embalse, hay ahora un improvisado comedero de cuervos y buitres, restos de alguna res atrapada o la ofrenda de un ganadero local, en cualquier caso suficiente carroña y piltrafa para recordarnos que hay vida y fiesta entre un olor acre. Los cuervos jóvenes y menos neofóbicos disfrutan a destajo, el resto vive la emoción: el motor de la acción. Cuando por fin llega la tormenta y el rayo parte la roca en fragmentos de una torpe gráfica ya obsoleta, solo queda esperar como irrumpen las avenidas y desmontan la escena sin miramiento. Todo queda de nuevo a la deriva, el descontento posmoderno busca de nuevo un equilibrio y la aparente calma de un lago natural.